
MARX Y LOS MARXISMOS

Massimo L. Salvadori

análisis y debate



La crisis del marxismo como proyecto se inicia cuando la gran ley que Marx confiaba haber establecido, sobre la relación necesaria entre intensificación del desarrollo capitalista e intensificación del proceso revolucionario, se ve trastornada por la historia en su sentido opuesto: donde y cuando el desarrollo ha alcanzado un alto grado de intensidad, donde y cuando los partidos obreros han podido actuar en el cuadro de una democracia política, en todos estos casos se ha articulado el nexo marxista entre desarrollo capitalista y aspiraciones revolucionarias socialistas. Viceversa, la historia ha demostrado que las modernas revoluciones son el producto de la falta de desarrollo capitalista.

Los revolucionarios de los países subdesarrollados han utilizado el marxismo como teoría anticapitalista y, asimismo, como ciencia positiva para la construcción del socialismo. A través de la mediación leninista, el marxismo se ha convertido en la doctrina de la modernización no capitalista en el ámbito de la cual el concepto marxista de dictadura del proletariado, de un instrumento para fundar la sociedad sin Estado, se ha transfor-

mado en instrumento de la dictadura del partido y de la máxima concentración del poder estatal.

El tema que me propongo encarar, de modo necesariamente muy sintético, es el que concierne a la relación entre Marx, los marxismos y los problemas de la sociedad contemporánea. Es un tema amplio, muy amplio. Pero el hecho es que hoy no se puede tratar de Marx y de su inmensa influencia siguiendo, por así decir, los detalles (por más grandiosos e importantes que éstos puedan ser), si se quiere hacer un esfuerzo por entender la naturaleza general del papel histórico que Marx y las fuerzas históricas que a él se adhieren han ejercido en los acontecimientos de nuestro mundo. Es necesario —aún cuando pueda parecer ambicioso— avanzar a la luz de los procesos históricos de los últimos cien años.

Naturalmente, cada estudioso, cuando expresa el propio pensamiento —es una obviedad, pero deseo subrayarla— no hace otra cosa que suministrar interpretaciones de la realidad de la cual se ocupa. Subrayar esto es también liberador para el estudioso quien, por la conciencia de la «subjetividad» del propio discurso, se siente impulsado a avanzar sin rémoras.

Todos podemos estar de acuerdo en constatar que Marx constituye una de las más grandes y extraordinarias presencias de la historia de los siglos XIX y XX. Ha afirmado precisamente Galbraith que Marx ha sido un pensador que, además de ser de enorme envergadura, se ha convertido él mismo en un pedazo de la historia, al punto que la historia después de él no puede ser narrada y comprendida sin la presencia suya y de su herencia.

Tanto el pensamiento cuanto la política que han formado el mundo actual han girado alrededor de Marx y de las varias influencias que él ha ejercido o en el plano del consentimiento o en el del disentimiento. Uno de los más ásperos críticos del marxismo, Karl Popper, ha escrito, significativamente, que aún los adversarios del marxismo, para llegar a ser ellos mismos, han debido ajustar cuentas con Marx, y que nadie después de Marx puede ajustarlas sin partir de él. Es una verdad fácilmente verificable. Quiero dar aquí pocos nombres, pero nombres que valen por todos los otros. De Werner Sombart a Max Weber, de Benedetto Croce a Giovanni Gentile, de Gaetano Mosca a Vilfredo Pareto y a Georges Sorel, de Bertrand Russell a Hans Kelsen y a Karl Popper, para llegar a Joseph Schumpeter y a John Galbraith (he dado a propósito únicamente nombres no marxistas), todos han sufrido de modo diverso pero siempre profundo la presencia de Marx. Tal vez el único gran pensador postmarxista que ha ignorado sustancialmente (o al menos fingido ignorar) a Marx, y hasta ha desconocido su grandeza, ha sido John M. Keynes.

Una gigantesca paradoja histórica

Sin embargo, —dicho todo esto— el problema que se plantea hoy, a un siglo de la muerte de Marx, después de que su pensamiento ha ejercido una influencia tan inmensa por la cual el *Manifiesto del partido comunista* y *El capital* han sido comparados a los *Evangelios* y al *Corán*, y después de que el socialismo y el comunismo marxistas han guiado el movimiento político y social de millones y millones de hombres, han dado vida a movimientos de reforma y a revoluciones que han firmado la historia del mundo, han llevado a la fundación de muchos Estados que consideran el marxismo como propia base intangible y renuevan, por tanto, el papel que el cristianismo había tenido en los Estados cristianos del medievo; después de todo ello, el problema fundamental, como decía, resulta el siguiente: ¿en qué medida el pensamiento de Marx ha interpretado realmente el

desarrollo social, político y cultural de nuestra época?, ¿en qué medida su herencia ha sido realmente recogida por aquellos —individuos, grupos, clases, partidos, Estados— que se han proclamado continuadores del marxismo y han afirmado el supuesto de haber hecho de la teoría una realidad histórica?

Sostengo que, si hacemos un cotejo del pensamiento de Marx y su interpretación compleja de la realidad social con los desarrollos históricos sucesivos, debemos concluir que nos encontramos frente a una paradoja de gigantescas proporciones, la cual constituye el nudo interpretativo esencial que tenemos por delante.

La paradoja consiste en el hecho de que el pensamiento de Marx ha ejercido una inmensa influencia sobre los marxistas y sobre los marxismos de las distintas corrientes; que estos marxistas han cambiado, sin duda, el mundo (piénsese en la revolución de Octubre, en la revolución china, en los grandes Estados que se han derivado de ellas, en los otros Estados comunistas menores, en los partidos comunistas del mundo, en los partidos socialistas y socialdemócratas que se han adherido al marxismo y en parte, aún, se adhieren a él), pero que estos cambios tienen muy poco que ver con la realización del proyecto marxista, y por muchos aspectos constituyen, incluso, su negación. Pero, si es así, ¿cómo un pensamiento que por una parte se ha realizado tan poco, ha podido ejercer, por otra, tanta influencia? ¿Cómo es posible que cambios tan amplios y decisivos, por un lado, surjan de una adhesión al marxismo, y por otro no lo hayan efectivamente realizado hasta ahora ni estén de ningún modo en el camino de su realización? En otras palabras: ¿cómo ha podido suceder que la práctica haya vaciado la teoría, pero que este mismo proceso de vaciamiento haya tenido necesidad de apelar continuamente a aquello que agotaba? ¿Cómo es posible que la historia de los marxismos represente en un aspecto el envejecimiento del marxismo y en otro su explosión?

La explicación que yo me he alcanzado a dar es que el marxismo originario ha sufrido un profundo y cualitativo proceso de mutación en el curso de los acontecimientos históricos que, empero, ha inspirado en forma directa; además de que, para realizarse históricamente (y no hay duda de que, en este sentido, el «socialismo real» sea el envejecimiento máximo del marxismo), el marxismo ha sido condenado a negarse a sí mismo. Para encontrar una explicación de esta general y gigantesca paradoja histórica, es necesario investigar antes de definir unitariamente la naturaleza del marxismo originario, y después analizar cómo los diversos marxismos lo han descompuesto. El marxismo originario, el marxismo de Marx, para entendernos, reunía un proyecto de transformación socialista con un movimiento anticapitalista: además sostenía que el contenido de todo movimiento anticapitalista fuese el proyecto de transformación socialista concebido por la teoría. Marx sostenía, en suma, que su utopía socialista era el imperativo teórico y práctico del anticapitalismo. El curso sucesivo, en cambio, se ha encargado de demostrar —lo que Marx ni siquiera podía sospechar— que el anticapitalismo podía tener una historia totalmente diversa de su proyecto revolucionario, que el anticapitalismo podía conjugarse con la revolución dejando caer su «ideal» de socialismo, pero que este anticapitalismo tenía necesidad del marxismo como de una «ideología»; y que, por lo tanto, el socialismo por él proyectado podía adquirir eficacia en cuanto instrumento ideológico y perderla del todo en cuanto fuerza sustancial del movimiento práctico.

El análisis y el proyecto

El pensamiento de Marx es un pensamiento de tipo particular. Tiene su fundamento en la convicción de representar un bloque inescindible de teoría y práctica, de ser *la* interpretación científica del pasado y *la* ciencia de la construcción del porvenir. El marxismo se ha constituido como fe en la potencia histórica de una conciencia en condiciones de in-

interpretar el proceso real y de dar al movimiento revolucionario, por ello, la posibilidad de actuar y de cambiar de dirección la historia entera, sobre la base de la utilización de las «leyes científicas objetivas». El análisis científico que Marx hizo del desarrollo social de la propia época estaba dirigido a explicar de qué modo, a través de un proceso dinámico del que había descubierto la clave, el presente se iría orientando por sí mismo necesariamente hacia un tipo de futuro anticipable en su sustento teórico (anticipable no en sus desenvolvimientos empíricos, desde luego, sino en sus presupuestos sustanciales).

Las conclusiones esenciales alcanzadas por Marx eran las siguientes: 1) el sistema capitalista va en la dirección de una creciente imposibilidad de funcionamiento económico y, por tanto, social y político; 2) esto determina el contraste explosivo entre las dos clases fundamentales —la burguesía y el proletariado— y hace inevitable la dictadura del proletariado; 3) la revolución es el producto de los puntos altos del desarrollo capitalista y su plena madurez; 4) el desarrollo capitalista, mientras por un lado fractura el cuerpo social exasperando los contrastes de clase, por el otro pone en acto un proyecto de simplificación y homogeneización de las estructuras económicas y de las formaciones sociales contrapuestas, el cual prepara las condiciones para la creación —una vez que la revolución haya eliminado el conflicto fundamental entre la burguesía capitalista fuertemente minoritaria y el proletariado que se ha hecho fuertemente mayoritario— de un sistema de creciente armonía social; 5) la transformación socialista, cuya base es la presencia cada vez más residual de las causas de los conflictos y de la desarmonía social, está destinada a culminar en la sociedad comunista: sin más lucha del hombre contra el hombre y de las clases entre sí; sin que sea ya necesario, por tanto, el Estado, que ha agotado su función aún activa en el período de construcción del socialismo; sin dinero, sin la alienante división del trabajo; una sociedad, en fin, donde cada uno pueda desarrollar libremente la propia personalidad en plena armonía entre la individual y la colectiva. Fin, entonces, de la «prehistoria», y ejecución de la verdadera «historia», en la cual el hombre pierde cuanto lo liga aún a la naturaleza salvaje.

Hoy, a cien años de la muerte de Marx, debemos registrar el dato histórico de que este análisis de la dinámica social y el grandioso proyecto revolucionario sobre él insertado parecen más bien una extraordinaria «filosofía de la historia»; que, tomada en el conjunto coherente de sus nexos recíprocos, esta filosofía no ha tenido ninguna confirmación y ejecución sustancial; que ella no encuentra ya ni siquiera alguna fuerza histórica importante que seriamente creea —más allá del uso instrumental— en su posibilidad de realización. Pero, al mismo tiempo, debemos, por otra parte, registrar el dato histórico de que la adhesión al pensamiento de Marx ha sido durante estos cien años continua, incesante. ¿De qué ha servido, entonces, una teoría que no ha tenido una verdadera práctica? ¿Por qué gran parte de la práctica histórica ha continuado, no obstante, sirviéndose de aquella teoría?

De la revolución a las reformas

La crisis del marxismo en cuanto proyecto se inicia cuando la gran ley que Marx creía haber establecido, es decir, la relación necesaria entre intensificación del desarrollo capitalista e intensificación del proceso revolucionario, se ve trastornada por el proceso histórico en su sentido opuesto.

La historia ha mostrado, contrariamente a lo que pensaba Marx, que cuanto más se intensificaba el desarrollo capitalista tanto más disminuía la intensidad revolucionaria. Los Estados Unidos, convertidos desde finales del siglo XIX en el más importante motor del desarrollo capitalista, no han vuelto a conocer una fuerza revolucionaria significativa; y en ellos el movimiento obrero no se ha vuelto a conjugar —salvo en sectores muy

minoritarios— con el socialismo y el marxismo. Inglaterra, que habría debido mostrar a los otros países su porvenir revolucionario según Marx, cuando aún vivía Marx y Engels, pasó a mostrar, por el contrario, que el desarrollo de la sociedad industrial, conjugándose con el desarrollo del liberalismo, llevaba al movimiento obrero a seguir caminos no revolucionarios sino reformistas. Y después de Inglaterra, en períodos históricos diferenciados, en Alemania, en Francia, en Italia y aún en España, se han determinado progresivamente condiciones por las que el movimiento obrero ha llegado al fin a renunciar a la idea de que la mutación social debía y podía asumir las formas de una ruptura revolucionaria. La conclusión que se debe extraer, entonces, es la siguiente: *donde y cuando el desarrollo ha alcanzado un alto grado de intensidad, donde y cuando los partidos obreros han podido actuar como sujetos políticos reconocidos en el cuadro de una democracia política que no haya reconocido plenamente su papel, en esos casos, entonces, se ha desarticulado el nexo establecido por Marx entre desarrollo capitalista y aspiraciones revolucionarias socialistas.* Y es demasiado obvio constatar que hoy, a cien años de la muerte de Marx, no se ha producido ninguna revolución socialista en el área de la modernización capitalista.

En los países comprendidos en esta área, el marxismo, sin duda, ha tenido como ideología revolucionaria una gran influencia; pero esta ideología no ha servido para promover revoluciones: ha cumplido esencialmente otra función. Esta función ha sido la de expresar, en una fase transitoria de insuficiente desarrollo del capitalismo (inadecuada producción de bienes e inadecuada participación política), el desgaste existencial, material e ideal de clases, grupos sociales y partidos que, cuando la producción y la distribución de la riqueza han superado un umbral determinado, y cuando su papel ha sido precisamente reconocido y legitimado en el ámbito del sistema político y social, o han mantenido el marxismo como base ideológica interna abandonando, empero, su significado auténticamente revolucionario (tal ha sido el caso de la socialdemocracia alemana antes de 1959 y de muchos otros partidos socialistas y socialdemócratas, y por fin de los partidos eurocomunistas), o bien han abandonado el marxismo mismo (como en el caso de la socialdemocracia alemana después del 59).

La historia de los partidos socialdemócratas y socialistas europeos a partir de finales del siglo XIX (o sea, desde su misma constitución en muchos casos) es, en muchos aspectos, la historia de una ininterrumpida crisis de relaciones entre socialismo y marxismo revolucionario, con una andadura en zig-zag en la que, empero, la pérdida de validez revolucionaria del marxismo representa indudablemente la línea en general ascendente: una línea que —es significativo— ha sido muy reforzada a escala europea por la actitud, de larga data, preponderantemente reformista de los sindicatos (aunque este reformismo fuese, en algunos casos, ideológicamente camuflado). El último capítulo de esta circunstancia histórica está constituido por el eurocomunismo, el cual representa, desde un punto de vista histórico general, una adaptación del marxismo no muy diferente de aquella a la que éste ha sido sometido por la socialdemocracia alemana antes de que lo abandonase.

El marxismo del subdesarrollo

Todo lo que he dicho hasta ahora sería cuanto más parcial e insuficiente si no añadiésemos que el marxismo ha ejercido su mayor eficacia práctica —a través de un vuelco de su planteamiento originario— allí donde ha faltado el desarrollo capitalista. De este modo, el marxismo se ha difundido en cuanto fuerza revolucionaria invirtiendo la relación establecida por Marx entre desarrollo capitalista y revolución. La historia ha puesto en total evidencia que era la falta de desarrollo capitalista la que favorecía la revolución. He aquí, entonces, la sustancia del vuelco del marxismo originario producido por el desarro-

llo real y por los «marxismos» que sobre este vuelco han insertado su obra: *no es el máximo desarrollo del capitalismo lo que ha producido las revoluciones; es la insuficiencia o la falta del desarrollo capitalista lo que ha producido las más grandes revoluciones de nuestra época*. Allí están para demostrarlo la revolución rusa, la revolución china, la revolución yugoslava, la revolución cubana.

En suma, debemos concluir que el marxismo, mientras ha perdido cada vez más influencia en su patria de origen, el Occidente capitalista, ha ganado una inmensa influencia en los países del insuficiente o del inexistente desarrollo capitalista.

Este es el momento de afrontar el punto fundamental del proceso de maduración sufrido por el marxismo en el momento en que se traslada como fuerza revolucionaria de la zona del desarrollo a la del subdesarrollo.

Los revolucionarios de los países poco o nada desarrollados, mientras no podían utilizar el marxismo en los hechos como teoría de la revolución de un proletariado evolucionado inexistente en ellos, como teoría de la mudanza del signo de un desarrollo que no habían tenido, podían en cambio utilizarlo como teoría anticapitalista. Los países del subdesarrollo soportaban tanto la falta de un desarrollo económico moderno como la opresión del capitalismo en la forma del imperialismo. Ello ha suscitado, entre los revolucionarios de las zonas del subdesarrollo, una intensa pasión anticapitalista. Viendo que el marxismo era la más grande doctrina revolucionaria anticapitalista que el pensamiento moderno había producido, lo utilizaron como su propia bandera ideológica. Sin embargo, al reunirse con el marxismo, debieron someterlo a una profunda acción quirúrgica, realizar una vivisección selectiva de todo su cuerpo, transformarlo cualitativamente, adaptarlo a sus exigencias.

Una operación análoga, si bien diversa en el resultado de la selección, habían realizado ya los partidos socialistas y socialdemócratas de Occidente, los cuales, detrás de la fachada más o menos ortodoxa (si dejamos de lado las corrientes abiertamente revisionistas), habían adaptado el marxismo a una práctica oscilante entre reformismo práctico y revolucionarismo de superficie, rayando alguna vez, inclusive, con la doctrina de la subversión.

A diferencia de los partidos de Occidente, los partidos de los países de escaso o ausente desarrollo hicieron empero revivir del todo el espíritu y la práctica revolucionaria, aunque en relación con medios y fines caracterizados por los problemas planteados no por el capitalismo maduro sino por el atrasado. No disponiendo de una gran clase proletaria moderna que pudiese constituirse en el protagonista histórico del proceso revolucionario, pero habiendo hecho propia la doctrina revolucionaria del proletariado moderno tal como la expresa el marxismo, sustituyeron la clase obrera convertida en mayoría de las masas trabajadoras por el partido de la futura clase obrera mayoritaria, al cual confirieron la función de conducir a las grandes masas de los oprimidos —de los cuales los obreros eran una pequeña o hasta ínfima minoría— por el camino de la revolución. Por otra parte, su objetivo revolucionario no fue —como lo había sido en cambio en Marx— el de cambiar la naturaleza del desarrollo, sino el de provocar el desarrollo ausente en sus países. De este modo el marxismo, en lugar de una teoría y de una praxis dirigidas a la superación de la modernización capitalista, se transformó en la teoría y la praxis para ejecutar la ausente modernización económico-social. En fin, la teoría de Marx, que había sido una teoría de la autoliberación de las masas trabajadoras educadas por las formas modernas de la lucha de clases, en los países atrasados se transformó a la teoría de la función del partido revolucionario en primer término, y del Estado-partido volcado a la educación y a la dirección de las grandes masas atrasadas, en segun-

do término. La utópica idea marxista de la planificación antiautoritaria se transformó en la base para la realización de un proyecto de tecnocracia político-social.

De la abolición del Estado a la omnipotencia del Estado

El segundo gran vuelco sufrido por el pensamiento de Marx por obra de los varios «marxismos» (y en esto coinciden todos)— después del primer vuelco en el campo del desarrollo económico— es el que concierne al peso de los aparatos centralizadores y burocráticos y, en general, del Estado. Marx, después de haber individualizado en Hegel al teórico exaltador del centralismo de la burocracia y del Estado, y de la función del monarca como garantía del sistema político y estatal, había teorizado y concluido que la estructura verticalista del poder estaba ligada estructuralmente a la exigencia del dominio de la minoría sobre el cuerpo de la sociedad dividida por conflictos. Por tanto, había concluido que la abolición progresiva de los conflictos habría de coincidir con la pérdida de importancia del papel de la burocracia y del Estado y con un proceso correlativo de ascenso del movimiento hacia el autogobierno social. Se trataba de un análisis en el fondo totalmente utópico, basado en la falsa idea de que los aparatos administrativos y el Estado tenían las mismas raíces sólo en los conflictos económicos, sociales y políticos, y no también en la exigencia de responder a las funciones de la administración racionalizadora de la complejidad social creciente, y por tal causa a las consiguientes funciones de dirección política. Ninguna fuerza histórica, de ningún tipo, ha podido inspirar el propio comportamiento a una utopía similar. Esta utopía, que no ha tenido jamás ninguna eficacia práctica en el presente de ningún movimiento o Estado, ha sido empero utilizado (y poco importa si de modo subjetivamente sincero o no) como parte fundamental del «fin» socialista y revolucionario, es decir, como fundamento de aquel «paraíso socialista», cuya ejecución habría debido ver, junto al reino de la abundancia material, el de la completa liberación de la coerción política en todas sus formas (fin de la política, lo que implica fin del Estado y del derecho).

Marx no habría podido, sin duda, imaginar siquiera que todos sus seguidores llegarían a convertirse, en concreto, en «superburócratas», y que en particular los Estados surgidos en su nombre pondrían en ejecución la máxima concentración del poder estatal, un dominio político típicamente elitista, caracterizado invariablemente por la presencia en el vértice o de un «jefe» dotado de excepcionales poderes políticos e ideológicos o, al menos, de una restringidísima oligarquía. Sin duda él no podía imaginar siquiera, entonces, que la historia de los partidos socialistas y comunistas llegarían a constituir la más grandiosa confirmación del principio burocrático, y hasta del principio «monárquico»; y que los socialistas y los comunistas en el poder reducirían su proyecto antiestatal y anti-burocrático a una utopía útil para dominar espiritualmente a las masas en el presente (con analogía evidente con el uso instrumental hecho de la religión por parte de las élites tradicionales).

El principio burocrático ha tenido su contemporánea aplicación tanto en Occidente como en Oriente. De esta aplicación han sido, sobre todo, artífices en su origen tanto la socialdemocracia alemana, especialmente en la década precedente a la Primera Guerra Mundial, como el bolchevismo alrededor del mismo período. En lo sucesivo, no obstante todas las recurrentes oposiciones ideológicas y políticas internas, partidos socialdemócratas, partidos socialistas y partidos comunistas han tenido como fundamento común un burocratismo más o menos rígido, siempre direcciones de tipo oligárquico, en muchos casos presididas por un «monarca» (este principio «monárquico» ha triunfado plenamente, pues, en los partidos comunistas en el poder y no sólo en el poder). El mito marxista de la autodirección de las masas primero y de la autogestión de la sociedad después (mito, desde luego, que en cuanto histórico o antihistórico ya Marx y Engels lo

habían negado del todo como dirigentes políticos), ha dejado paso en concreto a una acentuada heterodirección de las masas. Entre los grandes marxistas sólo Rosa Luxemburgo tuvo fe en aquel mito, pero quedó totalmente aislada y privada de un efectivo poder de dirección.

Como decía, si todos los partidos que se han adherido al socialismo han llevado invariablemente el sello del burocratismo y el centralismo, sin duda la exasperación más unilateral de este proceso ha sido ejecutada por los partidos y por los Estados comunistas, los cuales han representado y representan la manifestación más integral y perfecta del vuelco del marxismo originario aún en este frente.

Pero, ¿por qué estos partidos se han adherido al marxismo precisamente al efectuar este vuelco? La explicación está en el hecho de que el marxismo originario era, a diferencia de la anarquista, una doctrina de la movilización *política* anticapitalista de las masas y una doctrina del uso permanente de la organización política como instrumento de la movilización, y del Estado como medio de traspaso de un orden al otro. Una vez más, una operación quirúrgica de vivisección y de selección sobre el cuerpo total del marxismo originario ha sido fundamento del uso que los «marxismos» han hecho del cuerpo marxista. Los «marxismos» de diversos tipos se han diferenciado sólo por el modo de utilizar los frutos de la misma operación. Las socialdemocracias marxistas han utilizado la obra de revisión en el contexto del Estado parlamentario, los marxismos comunistas en el contexto del Estado antiparlamentario. El antiparlamentarismo propio de Marx ha contribuido de modo esencial a calificar a los comunistas antiparlamentaristas como los más auténticos herederos de Marx; sin embargo, los dos antiparlamentarismos demostraron tener sólo un común denominador negativo, ya que el antiparlamentarismo de Marx estaba acompañado de autogobierno y de antiestatalismo, mientras que el comunista representó la negación más radical del autogobierno y la más desenfrenada exaltación del estatismo. No es por casualidad que Stalin, para justificar la realidad soviética, echó mano al fin a un abierto revisionismo de la doctrina marxista sobre la función del Estado en el socialismo (que, por exigencias de ortodoxia, él indicó empero como doctrina esencialmente engelsiana).

En la forma más radical de inversión pero, a la vez, realización del pensamiento de Marx, es decir, en la del «socialismo real», el «marxismo» (revisado) se ha convertido en una verdadera y estricta ideología dirigida a justificar el poder omnipotente del partido y del Estado. Un poder tal que habría hecho empalidecer al mismo Hegel.

Las nuevas guerras de religión

Quisiera concluir, en este punto, reforzando la tesis de que la paradoja histórica fundamental sobre la que se apoya la eficacia histórica del marxismo está en el hecho de que esta eficacia ha sido esencialmente de naturaleza negativa y no positiva.

El marxismo ha ejercido su extraordinaria eficacia histórica no en cuanto ciencia positiva de la transformación socialista, sino en cuanto ideología negativa del anticapitalismo.

En los países de más alto desarrollo capitalista, el marxismo originario, después de su primera fase expansiva (diversificada en el tiempo y en el espacio), ha perdido progresivamente en cuanto teoría revolucionaria su eficacia práctica. Este ha sido el jaque fundamental recibido por el marxismo, nacido como teoría de las revoluciones en los países desarrollados. En las zonas del mundo, en cambio, donde se ha planteado el problema de la modernización en formas que la burguesía y el capitalismo no estaban en condiciones

de asegurar, el marxismo ha alcanzado el máximo de su eficacia. Pero el precio de este máximo de eficacia ha sido su total trastorno. A través de la función y mediación decisiva del leninismo —convertido a su vez en padre de muchos otros «leninismos» (al pensamiento de Lenin le ha tocado una suerte, en ciertos aspectos, análoga a la que le había tocado antes al pensamiento de Marx: muchos «marxismos» y muchos «leninismos») —, el marxismo ha llegado a ser la doctrina de la modernización no capitalista, en cuyo ámbito el principal proceso de adaptación-negación del pensamiento de Marx ha sido aquel por el cual la dictadura del proletariado como instrumento para fundar la sociedad del antiestado ha cedido paso a la dictadura del partido como instrumento de la sociedad del superestado.

Para sobrevivir en el tiempo, el marxismo ha explotado bien pronto y ha dado vida a una gran cantidad de «marxismos». Y aquí tocamos el último (último sólo en sentido expositivo, naturalmente) vuelco sufrido por el pensamiento de Marx, es decir, el dato de que antes de producir unión, el marxismo, explotando en muchos marxismos, ha producido divisiones, conflictos internos, luchas «fracturadas» sin fin. *En pleno contraste con la idea de Marx de que el socialismo debería unir de manera cada vez más profunda las fuerzas de los trabajadores y sus organizaciones políticas («¡trabajadores de todo el mundo, uníos!»), los marxismos, en cambio, han introducido en el curso del socialismo y del movimiento de los trabajadores un espíritu cada vez más conflictivo, típico de las guerras de religión, según las cuales los enemigos más peligrosos son aquellos que se adhieren al mismo cuerpo doctrinal originario.* Marx se ha transformado así en padre de marxismos en áspera lucha recíproca, padre de concepciones de la política, de la sociedad y del mundo, del todo diversas las unas respecto a las otras. Pero también en esta lucha recíproca ha permanecido, en todos, una ligazón con el llamamiento de Marx a la unidad: la pretensión de cada marxismo de representar la única interpretación válida de la herencia de Marx y, por tanto, la única base de una mítica unidad necesaria de los trabajadores y de sus representantes políticos. Marxismo socialdemócrata del tipo del de Kautsky, Plejanov, Martov, luxemburguismo, leninismo, estalinismo, trotskismo, maoísmo, etc., se han desarrollado el uno contra el otro (en ciertos casos, uno al lado del otro y hasta uno encima de otro). Todo esto ha tenido siempre, invariablemente, el significado de una lucha permanente de élites bien definidas para el control de las masas trabajadoras, convertidas mucho más en objeto de las rivalidades de minorías políticas e intelectuales que en protagonistas del proceso de mutación social.

Por todas las razones que he indicado en este artículo, creo que se debe hablar de una auténtica «explosión» del marxismo en muchos «marxismos».

Una ideología negativa

Pero decir esto no basta. Es necesario todavía explicar por qué a pesar de semejante explosión, todos los diferentes marxismos han continuado apoyándose en el cuerpo originario del marxismo o, más bien, han tenido una necesidad vital de conservar una ligazón indisoluble con él.

El hecho es que el mundo contemporáneo, mientras ha puesto en una crisis total al marxismo como proyecto de la transformación socialista tal cual la delineara el fundador de la doctrina, ha creado amplios espacios a las diversas formas de anticapitalismo y a las corrientes políticas e intelectuales que lo han interpretado.

El anticapitalismo se ha difundido en el mundo en las formas más variadas. En este anticapitalismo, los varios marxismos han encontrado su constante alimento. En suma, todos los diversos marxismos, sea que hayan convivido y convivan el uno al lado del otro,

sea que se hayan encontrado o se encuentren en oposición irreconciliable entre sí, han tenido y continúan teniendo como fundamento común el anticapitalismo: un anticapitalismo que ha dado y da sentido a la común adhesión al pensamiento de Marx. El marxismo como proyecto positivo se ha vuelto por doquier inoperante. ¿Quién cree aún seriamente en la perspectiva de la abolición del Estado, en el fin de la división del trabajo, etc.? A pesar de ello, todos aquellos partidos y aquellos Estados que se proclaman marxistas o hacen porque ven en el marxismo —aunque sea en un marxismo amputado, deformado, trastornado, tergiversado— una insustituible, y en este sentido siempre eficaz, bandera del anticapitalismo.

En conclusión: el marxismo originario está ya del todo disuelto. Es un sol que ya no existe pero que ha conservado su sombra. Pero es previsible que el marxismo en cuanto ideología de negación del capitalismo continuará ejercitando un papel importante, bien como ideología revolucionaria en los países atrasados, bien como ideología oficial estabilizante del Estado en los países del «socialismo real». En cuanto al papel que el marxismo ejerce aún en algunos partidos socialistas y en los partidos comunistas de Occidente, sobrevive más como tradición cultural e ideológica, la cual, si no sirve ya como activa fuerza revolucionaria, mantiene una función de «integración» espiritual en fenómenos en vías de progresivo debilitamiento.

Cien años después, ¿debemos por todo lo dicho concluir que Marx ha entrado en quiebra? Sí y no. Sí, en el sentido de que el marxismo, nacido con la idea de cerrar la fase de todas las utopías del socialismo, se ha revelado él mismo la última —al menos en sentido histórico— de sus grandes utopías. El «reino de la libertad» como reino de la armonía social total aparece hoy con claridad, esencialmente en los términos de una grandiosa «reacción» y protesta ideológico-política a los males sociales. No, en el sentido de que Marx ha contribuido más que cualquier otro en el mundo contemporáneo a educar a millones de hombres y a generaciones enteras en la no aceptación de la miseria y la opresión como hechos naturales, como productos inevitables de la sociedad. Esta es la grande, máxima y perdurable herencia de Marx.

Traducción: Mario Merlino
© Mondoperaio